

Edición N° 54 - junio 2009

Gubernamentalidad y condiciones de vida. El caso del complejo habitacional Carlos Gardel - Presidente Sarmiento (Morón, Provincia de Buenos Aires)

Por María Ignacia Costa

María Ignacia Costa. CONICET-Sede: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Este artículo es un extracto de la Tesis de Maestría en Políticas Sociales, titulada: "Exclusión social y políticas sociales: proceso de implementación de programas sociales en núcleos urbanos segregados. El caso del Complejo Habitacional Carlos Gardel-Presidente Sarmiento (Morón, Provincia de Buenos Aires)". La misma fue presentada y defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA en el 2008 y dirigida por el Mg. Alberto L. Bialakowsky.

Nota introductoria

El artículo se dirige, en primer lugar, al análisis de las condiciones de vida de los habitantes del Complejo Habitacional Carlos Gardel-Presidente Sarmiento (Morón, Provincia de Buenos Aires). La producción social de un hábitat segregado es la clave aquí para comprender la configuración social actual del hábitat popular así como las características que asumen la sociabilidad barrial y la vida de sus pobladores. En un segundo momento, nos proponemos reflexionar acerca de la articulación entre gubernamentalidad estatal y condiciones de vida en un contexto en el que coexisten debates en torno a un «nuevo paradigma en políticas sociales» al tiempo que persisten prácticas con orientación neoliberal.

Una mirada compleja sobre esta problemática conduce a analizar las transformaciones microsociales imbricadas con las producidas a nivel macro. En esta línea se postula que no es posible pensar en forma aislada las condiciones de vida de las estrategias gubernamentales de intervención en la medida que las primeras son moldeadas por las segundas. Así, resulta necesario ahondar en la relación que se establece entre las condiciones de vida degradadas de los pobladores de núcleos urbanos segregados y el accionar sistemático de planes y programas sociales dirigidos a administrar la vida de estos sectores de la población. En este punto, se hará hincapié en los procesos de segregación social y residencial que se vieron profundizados en los últimos años como resultado de los procesos de exclusión social así como de las tecnologías reguladoras que operaron sobre estos segmentos poblacionales.

Los objetivos enunciados son abordados a través de una metodología predominantemente cualitativa. Para ello se realizaron observaciones y entrevistas en profundidad a beneficiarios de planes y programas sociales que habitan el núcleo urbano segregado y a empleados municipales.

Historia del Complejo Habitacional Carlos Gardel-Presidente Sarmiento

El Complejo Habitacional «Presidente Sarmiento» y el Barrio «Carlos Gardel» están ubicados entre las calles Mosconi, Carlos Gardel, República (ex Perdriel) y el Hospital Nacional A. Posadas en la localidad de Palomar, Partido de Morón. Dadas las particularidades sociodemográficas de este municipio, bien vale la pena detenernos en algunos datos descriptivos. Según la Encuesta de Monitoreo de Indicadores Sociales del Municipio de Morón (2006), el distrito cuenta con 318.374 habitantes; el 28,13% de la población no paga ni le descuentan gastos de cobertura médica, asimismo, si se considera la población de 3 años y más, sólo el 0,1% nunca asistió a la escuela, el 17,26% posee primario completo, el 17,69% secundario completo

y casi el 6% ha completado sus estudios universitarios. Según este mismo relevamiento, si se considera la población de 10 años y más, el 50,4% de la población está ocupada, el 6,2% desocupada y el 43,5% es inactiva. Datos sorprendentes si se considera la tasa de desocupación (11,3%) **-1-** para el mismo período en la Región del Gran Buenos Aires. En cuanto a los datos que arroja esta encuesta sobre la situación habitacional, el 2,7% de la población vive en condiciones de hacinamiento.

Otro indicador que describe las condiciones de vida en este municipio es el de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). El Censo 2001 revela un 7% de población con NBI. Estos datos cuantitativos pueden complementarse con la observación cualitativa de un funcionario del área de salud:

Estamos en el segundo cordón, pero tenemos características del primero. Hay poco NBI, pero con problemas estructurales importantes (cloacas, agua potable), hay muchos ingresos provenientes de fábricas, comercios... Sin ir más lejos, la estación de Morón es la estación que vende más boletos después de Constitución (Funcionario del Área de Medicina Preventiva del Municipio de Morón) **-2-**.

En este contexto, podríamos plantear una hipótesis referida a que la particularidad de este municipio radica en que la población que padece NBI se encuentra concentrada territorialmente en núcleos urbanos segregados como el Complejo Habitacional Carlos Gardel-Presidente Sarmiento, el cual cuenta con aproximadamente 9800 habitantes. El Censo realizado por el Instituto Provincial de la Vivienda (IPV) con la colaboración del municipio en 2004 arrojó que en la zona de la Villa Carlos Gardel residen 1800 personas de las cuales el 89% se encuentra con NBI, mientras que en la zona de los monoblocks se estima una población de alrededor de 8000 personas **-3-**.

Retomando la caracterización del barrio que nos ocupa, según un relevamiento realizado por Trabajadoras Sociales del Municipio de Morón, el Complejo Habitacional «Presidente Sarmiento» comprende mil doscientos departamentos distribuidos en treinta y un monoblocks, mientras que el Barrio «Carlos Gardel» cuenta con cuatrocientas casas distribuidas en cuarenta manzanas. Si bien popularmente se conoce a ambos barrios bajo el nombre de «Carlos Gardel», la conformación histórica así como la dinámica social interna que asume cada uno de ellos es bien diferenciada. En este primer punto nos abocaremos a su conformación histórica para luego pasar al análisis de algunos aspectos vinculados con la sociabilidad barrial y las condiciones de vida de las familias que nos permitirá comprender el rol que juegan los programas de trabajo, salud y seguridad alimentaria en este contexto.

El Barrio Carlos Gardel se inicia a comienzos de la década del sesenta como Núcleo Habitacional Transitorio (NHT) en el marco de los planes impulsados por el Ministerio de Obras Públicas de la Nación. Puntualmente ese plan no alcanza a llevarse a cabo. Recién en 1968 un nuevo Plan Nacional de Erradicación de Villas de Emergencia de la Secretaría de Estado de Vivienda (Ley 17.605) impulsado por el gobierno de facto de ese entonces, completó la obra de erradicación apoyada con financiamiento del Banco Hipotecario Nacional. En esta línea sucesiva de intervenciones, pueden identificarse al menos tres etapas:

1. traslado forzoso y alojamiento en viviendas transitorias,
2. disciplinamiento de las familias y organización social,
3. entrega de departamentos y «ocupación» de viviendas transitorias.

La primera etapa se inicia en 1963 con el traslado compulsivo de las familias de sus lugares de residencia al NHT **-4-**.

Conforme al relevamiento realizado por las trabajadoras sociales locales, las familias erradicadas provenían, en su mayoría, del asentamiento «Los Patitos» (Hurlingham), Haedo, Villa Santos Vega (San Justo), Villa Martelli y de un asentamiento en Palomar. El nuevo espacio

se organiza alrededor de 40 manzanas comprendiendo dieciséis viviendas cada una. Una habitante del barrio relata su llegada al barrio:

Pi: [...] Teníamos un ranchito que era todo de cartón, una pieza y cocina que eran las paredes de cartón y el techo de cartón. Y al lado tenía una casa de material con una pieza grande con ventana bien puesta, vidrio, reja que juntado lombrices yo y mi marido hicimos eso y sufrí muchísimo cuando nos trajeron acá. Nos trajeron acá, nos bajaron a nosotros del camión y nos fumigaron todo, nos fumigaron todo con gamexane, o no se con un aparato así chiquitito, toda nuestra cama todas las cosas que trajimos, yo tenía cama con colchones, un roperito de segunda mano y una cocinita de dos hornallas, tenía un calentador, me entendés y cuando nos trajeron acá y me bajé del camión nos dieron un canasto de pan de esos grandes de panadería con pan, un [...], un sachet de leche y un chocolate para la gente que nos estaba erradicando ese día. Así que desde que me bajé del camión hasta hoy no paré hace cuarenta y pico de años, del 63.

E: ¿63?

Pi: En el 63 nos trajeron acá al Gardel, nadie sabía que íbamos a tener nuestra casa definitiva propia, nadie. Nos dijeron que era un plan de erradicación para trabajar con asistentes sociales ahí recién empezamos a trabajar con la asistente social.

[...] Pero acá hemos pasado tiempos difíciles porque cuando a nosotros nos trajeron, ahí en la punta del 6 había un ombú muy grande, que lo estropearon y lo cortaron porque para mi sigue siendo histórico porque como acá era campo, árboles todo, cuando nos trajeron acá nos hicieron el operativo de salud y a nosotros nos sacaban los corpiños delante de los hombres, la cola había acá de mujeres, otra de hombres y otra de chicos y traían para sacarnos radiografías, viste que estábamos ahí delante de todos y nos sacaba el corpiño todo para sacarnos la radiografía.

La otra historia de los monoblocks es cuando nos trasladamos allá y vino el padre Mujica y armaron un monolito con placas y todo, no me acuerdo el año que decía que Mariano Pujada había donado esas tierras para nuestras casas y estaba tapada con una bandera argentina, nos bendijo el padre Mujica, la bienvenida y nos bendijo el barrio... que fue en el 73, diez años más tarde... Allá se trabajó menos con las asistentes sociales, acá aprendí todo, aprendí todo de las asistentes sociales.

E: ¿Qué les enseñaban?

Pi: Primero y principal la convivencia, el autoestima de cada uno, después el independizarnos: cosas que podíamos hacer nosotros y que ellas ya se desligaban: vayan al frente, hagan esto... (*Vecina del Barrio Carlos Gardel y Coordinadora del Centro Cultural «Los Gardelitos»*).

La segunda etapa se extiende hasta comienzos de los años setenta y comprende:

1. estrategias de gubernamentalidad a cargo de trabajadores sociales dirigidas a moldear la conducta de los habitantes readaptándolos al nuevo espacio urbano y
2. el impulso de la organización social a partir del nucleamiento de vecinos para la realización de gestiones conjuntas, la instalación de «clubes de madres», comedores populares, copas de leche, etc.

Paralelamente a este proceso, en abril de 1970, se inicia la obra de construcción del Complejo Habitacional. Según los arquitectos encargados de la obra: «El proyecto fue encarado de acuerdo a determinantes sociológicos, económicos y de diseño. Para los primeros se consideró que la población conserva pautas rurales con poca adaptación a la vida urbana y con fuerte tendencia al aislamiento. Por ello se crearon núcleos de socialización que definen el partido; a saber, la trama (área comunal) que determina grandes patios jardinizados y espacios de juego organizado; la calle peatonal (área vecinal) determinada por la proximidad de los bloques; las circulaciones verticales (área familiar) que unen las entradas a las unidades con puentes sobre la calle peatonal.

Para los determinantes económicos se consideró que las Bases exigían un precio tope de 13.000 pesos ley por unidad (incluida infraestructura del barrio), con superficies restringidas y

muchas exigencias constructivas. El valor de oferta debía ser inferior a la cifra antedicha. Se planteó entonces una construcción con sistemas tradicionales racionados (de menor costo actual)» (S/D).

La tercera etapa (1973) puede sintetizarse como de relocalización de la población residente en el NHT en el Conjunto Habitacional y «ocupación» de las viviendas transitorias por familias provenientes de diferentes barrios del conurbano bonaerense, las cuales conformaron lo que hoy es la Villa Carlos Gardel o zona de «las casitas». De acuerdo a un estudio realizado por el Área de Promoción Social de la Dirección de tierras, viviendas y obras particulares del Municipio de Morón: «A principios de los 80 los habitantes de la villa se vieron obligados a desalojar sus viviendas, muchas de las cuales fueron demolidas, conforme a un plan de erradicación ejecutado por las autoridades municipales de la Dictadura Militar. Con la llegada de la democracia se interrumpió el proceso de erradicación y se reinició la ocupación de los espacios vacíos». En lo que respecta a los habitantes del NHT que se trasladaron a los monoblocks, una proporción mínima logró completar su compra alcanzando la etapa de escrituración. Con el paso del tiempo, muchos vendieron la propiedad con escrituras impagas o inexistentes e ingresaron los departamentos en el mercado inmobiliario informal.

Al poco tiempo del traslado al Complejo de Monoblocks, la experiencia del Proceso de Reorganización Nacional iniciado en 1976, vendría a signar la vida de los pobladores destruyendo y refundando las relaciones sociales preexistentes. La estrategia gubernamental no sólo consistió en la penetración de prácticas propias del terrorismo de Estado (desaparición forzada de personas) sino que además arrasó con la organización barrial existente. Así lo relata una vecina del barrio:

E: Recién mencionó el tema del proceso, ¿qué paso en el barrio en ese momento?

Pi: Y pasamos, pasamos, tuvimos tres personas desaparecidas, dos no fueron encontradas nunca, uno si [...] El primer desaparecido fue un hombre que trabajaba en la administración cuando recién nos llevaron allá a los monoblocks [...] Hoy hace 14 años que no tenemos administración, no tenemos correo, está muy devastado el tema agua... entonces, cuando nos pasamos allá, en el tiempo del proceso fue dificultoso. En una oportunidad pasaron con un camión han tirado gases lacrimógenos y no sabíamos que era eso, nosotros creíamos que se hundía el mundo. [...] Pasó en un segundo eso, como a las dos de la tarde. Nosotros seguimos laburando, empezamos a formar grupos otra vez para organizarnos. Vino un administrador, el primer administrador que tuvimos era un militar también. Y nos amenazaba que si nosotros no le comprábamos la mercadería a él -él en vez de hacer una administración hizo una despensa dentro de la administración-, entonces, nos decía que si no comprábamos ahí nos iban a sacar el departamento, toda una cosa que...

[...] Te sigo contando la etapa de los monoblocks: cuando llegamos allá estábamos sorprendidos, teníamos: luz eléctrica, agua caliente, cada uno su medidor, teníamos gas. Estábamos chicos te imaginás cinco dormitorios... [...] Después del proceso la gente no quería hablar, entraron montoneros, nos pusieron cadenas en las entradas y salidas de acá, nos revisaban cuando entrábamos y salíamos (Vecina del Barrio Carlos Gardel y Coordinadora del Centro Cultural «Los Gardelitos»).

La historia de ocupación se reitera en el año 2003 cuando el Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires, en acuerdo con las autoridades nacionales, decide cercar con fuerzas de seguridad el perímetro de los tres barrios considerados «más peligrosos» del conurbano bonaerense (Complejo Habitacional Carlos Gardel-Presidente Sarmiento -Morón-, Ejército de los Andes -Ciudadela Norte- y la Cava -San Isidro-). En el caso que nos ocupa el operativo consistió en la instalación de la Policía Bonaerense en los contornos del barrio con el propósito de «[montar] un operativo de prevención del delito para cuidar a la gente del barrio y recibir denuncias» (La Nación, 15-11-03) -5-. A dos años de esta intervención -6-, los resultados son percibidos de manera diferenciada por vecinos y trabajadores sociales:

E: ¿Y qué pasó cuando se instaló la policía acá?

Pi: Cambió un montón. El cambio para nosotros fue brusco porque por acá no quería pasar ningún vehículo, querida, ni por Marconi, ni por Perdiel, eran patotas que se armaban con palos, con piedras, paraban los coches, hacían desastre. Y bueno de ahí se paró todo, se paró todo esto. Pero bueno, la delincuencia existe en todos lados, y la delincuencia va a seguir... imaginate en un barrio aglomerado como el nuestro que no tenés por donde... los pasillitos, la oscuridad, la noche, acá en el Gardel, no más, me entendés, siempre quedan, siempre quedan... Es una lástima porque son chicos chiquitos que nisiquiera saben lo que es delinquir. [...] Estos son rateros, capaz que vos dejaste tu zapatilla arriba del techo y mañana no la encontrás, que ni saben lo que es delinquir, pero también pasa por dónde, por la casa, por la educación (Vecina del Barrio Carlos Gardel y Coordinadora del Centro Cultural «Los Gardelitos»).

E: Es la policía la que está acá, no?

P: La bonaerense. Sí que pasó, pasaron muchas cosas, ya te digo el espacio de los miércoles al mediodía tiene que ver con Derechos Humanos y se empezó a pensar desde el lugar de a violencia policial. A cuatro, cinco meses de que se instaló la policía acá, hubo, para mi «el caso de gatillo fácil». La policía mató a esta hora, pleno día, en el playón de acá que había como cincuenta personas caminando y ellos con ametralladoras a un pibito de 14 años, que estaba corriendo desarmado. Le dieron la vos de alto, el pibe levantó la mano y lo acribillaron, lo acribillaron, de hecho estaba en coma tirado en el piso y le ataron las manos como si se fuera a escapar a algún lado. Lo llevaron en el patrullero, lo tuvieron un rato ahí desangrándose y después lo llevaron al hospital [...]. Oh, casualidad un niño sin mamá, ni papá, o sea que [...]. Con la tía que tenía un hijo detenido con lo cual no podían hacer la denuncia porque tenían miedo que maten al hijo que tenían detenido y este nene formaba parte del grupo de adolescentes asique nosotras si tuvimos que actuar en consecuencia. Y acá, otra cosa que pasa en todos lados, para cualquier cosa se necesitan testigos y la gente no se anima a ser testigo, entonces... Y después hubo (hay) un abuso de poder policial impresionante, las nenas que... (Trabajadora social 2, Área de Trabajo en Territorio del Ministerio de Desarrollo Social de la Municipalidad de Morón, con sede en el Centro de Salud Malvinas Argentinas, CH Carlos Gardel-Pte. Sarmiento).

En síntesis, la reconstrucción de los hitos fundamentales del proceso histórico local, señalan la convergencia de tecnologías gubernamentales de relegación urbana (planes de erradicación hacia la periferia) de poblaciones vulneradas y tecnologías de «contención punitiva» en el sentido que lo plantea L. Wacquant. En otras palabras, el proceso de aislamiento y posterior abandono en los complejos habitacionales masivos han resultado estrategias insuficientes para contener estos segmentos de la población recurriendo entonces a una segunda solución, regresiva y represiva, consistente en criminalizar la pobreza. De esta suerte que estos espacios se han constituido en zonas de no derecho o lugares donde el «estado de excepción» ha devenido la regla (Agamben, 2004).

Su configuración actual

Salimos de la sala de salud y bordeamos la zona del «fondo», así le llaman al sector de monoblocks 28, 29, 30 que rodean la salita. Pasamos por el Jardín Maternal que funciona en el monoblock 17 y que pronto lo trasladaran fuera del barrio. «Al principio nosotras no queríamos que sacaran el jardín del barrio, pero viste sino seguimos en la misma: Instituciones pobres, para pobres». En el recorrido, llama la atención la proliferación de anexos o ampliaciones que han construido los vecinos en forma contigua a los edificios. Incluso han cerrado los pequeños pasillos- puente que permiten el paso de un lado al otro de los edificios. Las construcciones están deterioradas, despintadas, el revoque caído, los espacios comunes atestados de basura. Llegamos

al playón donde está el tanque que brinda agua a los monoblocks. ¡Nos empapamos! Es que el tanque pierde agua por doquier. María me comenta que la última vez que hicieron un acto ahí los vecinos tuvieron que cerrar la llave de paso del tanque para poder desarrollar el evento, aún cuando los edificios se quedaron sin agua por un buen rato. Tomamos la «calle principal» del barrio, sí, es una de las pocas calles que lo atraviesan, el resto son pasillos laberínticos. Llegamos a la escuela del barrio y María me señala la garita de la bonaerense: «todo concuerda, una garita cerca de una escuela que podría decirse que es policial». El edificio es enorme, tiene casi 40 aulas, pero a penas 50 chicos, según comenta la trabajadora social: «Yo creo que dibujan la matrícula, porque sino no se entiende como es que todavía no la cerraron. Los padres tratan de mandar a sus hijos a escuelas fuera del barrio, principalmente porque acá el nivel es desastroso». En el jardín lindante no sucede lo mismo, allí la matrícula está completa.

Ahora, ya en la zona de las casitas la infraestructura cambia, son casas bajas, de distintos tipos de materiales a la vista (ladrillo, cemento). Están loteadas, distribuidas en manzanas separadas por pasillos. Según relata mi acompañante, durante la gestión municipal anterior, a los que militaban les hacían el pasillo de material por eso hay algunos más deteriorados que otros. Nos detenemos en una esquina y una vecina, que se asoma por la ventana del kiosco que administra, se incorpora a la conversación. Nos cuenta que la gente está juntando firmas porque se dice que las habitaciones de las casitas nuevas van a ser muy chicas. «A mi hija le van a dar dos habitaciones y ella tiene un nene y una nena y no los va a hacer dormir juntos. Mi cama es de 2x2, y las habitaciones de 2,5, ¡no va a entrar nada!».

En nuestro recorrido, nos vamos encontrando con vecinas que se acercan a saludar a María, a preguntarle algunas cosas, a quejarse por otras. Son manzaneras, trabajadoras vecinales del Plan Más Vida que ella coordinaba hasta hace un mes.

Llegamos a la Iglesia, lugar donde se hacen los encuentros con las trabajadoras vecinales del Plan Más Vida, los encuentros con jóvenes, etc... En una de las habitaciones un grupo de mujeres selecciona ropa, la dobla, son las voluntarias de Cáritas. Pasaron las 11 de la mañana y ya se huele a comida... De regreso a la sala, pasamos por el monoblock 8: «acá es donde se vende la mayor parte de la droga, por eso debe ser que generalmente es la zona más convulsionada». Continuamos y María me muestra el lugar donde se hace la feria: «En ese tinglado se vende de todo a muy bajo precio». Y agrega: «Acá adentro tienen todo: escuela, centro de salud, centro comercial, iglesia... lo que no hay son espacios de recreación. El único que había es la zona donde se va a construir el barrio nuevo». De esta forma, nuestro recorrido por los barrios Carlos Gardel y Presidente Sarmiento termina allí donde empezó: en el centro de salud, a escasos metros de la muralla que rodea el barrio y que separa el núcleo urbano del Hospital Nacional Alejandro Posadas. (*Relato de observación, Un recorrido por el CH Carlos Gardel-Pte. Sarmiento, 20-12-05*).

Las profundas transformaciones que han conocido núcleos urbanos como Carlos Gardel-Presidente Sarmiento o el Barrio Ejército de los Andes, popularmente llamado «Fuerte Apache», en las últimas tres décadas pueden resumirse en tres grandes dimensiones: 1) incremento de la concentración espacial de personas que históricamente han vivido dentro de lo que autores como O. Lewis han denominado la «cultura de la pobreza» (Lewis, 1968); 2) sobrevivencia en el umbral de la indigencia y escasas esperanzas de alcanzar logros significativos merced al empleo (Kaztman, 2001) y 3) quebrantamiento de códigos de convivencia y expansión de la violencia social, familiar e institucional. La particularidad de este proceso ha recaído en los mecanismos de contención socioespacial implementados dirigidos a invisibilizar a estas fracciones de la población. Nos referimos a históricos procesos de segregación -7-, a los que se ha sumado, en la década de 1990, un creciente proceso de exclusión social y laboral, los cuales ponen de manifiesto la lógica institucional que los produce: procesos de guetificación o confinamiento espacial (Wacquant, 2001, 2007; Bauman, 2003; Bialakowsky et al, 2007). «La guetificación es parte

integral del mecanismo de tratamiento de residuos que a veces se pone en marcha cuando los pobres ya no son útiles como un 'ejército de productores en la reserva' y se han convertido en consumidores fallidos y por tanto también inútiles» (Bauman, 2003: 142). No se trata de procesos de relegación espacial producto de una clausura excluyente anclada en la dimensión racial sino en la pertenencia a una *infra clase* exacerbada por el origen social («villero», «migrante») y el hecho de vivir en un barrio degradado. A lo que se suma, como ya se señalara en el apartado antecedente, el giro hacia una gubernamentalidad caracterizada por el avance de estrategias de contención punitiva como consecuencia de la clasificación de las poblaciones que habitan estos núcleos urbanos como «comunidades inseguras».

Como se desprende del relato etnográfico, estas prácticas de relegación de poblaciones involucran, por una parte, la construcción de cercos materiales y simbólicos. Así, la muralla que rodea el barrio da cuenta de la fragmentación espacial en esferas de integración diferenciadas y progresivamente insularizadas (Andrenacci, 2001). En otras palabras, la muralla tiene una existencia concreta y constituye el cerco que divide dos realidades diferentes, una interior y otra exterior, una de exclusión y otra de inclusión (Bialakowsky et al, 2001). Además, estas prácticas involucran configuraciones arquitectónicas proyectadas para «el villero» de ahí la estructuración en escalas urbanas diferentes y la característica manera de agrupar los edificios que plantea la situación coetánea y ambivalente de «masificar» constructivamente el conjunto y paralelamente «individualizar» al máximo la vivienda (Summa, 1973). Esta estructura masiva y laberíntica actualmente ha alcanzando un alto grado de deterioro de las construcciones y de la infraestructura de servicios existentes (cloacas desbordadas, tanques de agua colapsados), aspectos que sumados a la emergencia de construcciones precarias e ilegales, encarnan el *estigma territorial* (Wacquant, 2007) que conlleva la segregación espacial.

El arquitecto Jorge Jáuregui reflexiona acerca de las construcciones masivas, sus resultados y los desafíos actuales: «Hoy hay una evaluación crítica de ese urbanismo de bloques de los grandes conjuntos habitacionales. Esa estrategia demostró su fracaso. Induce a la refavelización, por la descalificación de la relación entre lo edificado y el espacio que queda en medio de todo eso, que nunca se transforma en espacio público sino en espacio donde se instala el peligro, la violencia, la descalificación física. O sea se transforman en lugares desagradables para permanecer y utilizar. Ni siquiera funcionan áreas de deportes. Jamás se plantan árboles. Entonces lo típico de estos bloques en Caracas, en Río, en Buenos Aires, es que no fueron capaces de generar un sentimiento de pertenencia» (Martyniuk, 2006: 41).

De esta suerte que el Plan integral social urbano del barrio Carlos Gardel impulsado por la Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda del Gobierno de la Nación y ejecutado por el Municipio de Morón a partir del 2005 -8-, ha encarado el desafío de la producción social de un hábitat integrado al espacio urbano global incluyendo en el plan de obra, además de la construcción de las viviendas, el movimiento y saneamiento de suelos, apertura y pavimentado de calles, cercos medianeros, aceras, veredas perimetrales, tendido eléctrico, alumbrado público, redes de agua corriente, redes cloacales y de gas natural y la provisión de especies arbóreas.

Hasta acá hemos abordado aquellas prácticas sociales y políticas que han definido la localización e infraestructura del complejo habitacional y de la villa adyacente. Sin embargo, también forman parte de su configuración, el tipo de relaciones y de representaciones que se tejen como consecuencia de la pertenencia territorial. Independientemente de las características que asuma el mundo de lo propio, de lo privado, el espacio de lo público se encuentra moldeado por la ruptura de códigos barriales, la desconfianza, la violencia, la proliferación de actividades ilegales y consecuentemente por el estigma -9- que pesa sobre el conjunto de los habitantes. Esta sociabilidad barrial colabora en la construcción de una imagen negativa del complejo habitacional, que lo etiqueta como «peligroso» e «inseguro».

Prueba del estigma que padecen los pobladores lo constituyen las etiquetas sociales con las cuales la sociedad designa a los habitantes del barrio («villeros», «negros») (Merklen, 1997).

En este sentido a la estigmatización territorial, más arriba señalada, asociada a la residencia en espacios segregados, degradados y superpoblados que los descalifica colectivamente, se suma otra de orden social, vinculada con la creciente privación económica, la pobreza y el desempleo que atraviesan la vida de sus habitantes y que los distingue de los otros (los de afuera), inferiorizándolos.

E: ¿Y cómo ve el barrio la gente de afuera?

F: algunos lo ven como que hay gente buena y gente mala y otra discrimina mucho, dicen: «esos villeros», «esos negros», discriminación social, digamos (Vecina, y Beneficiaria PMI y Más Vida. Esposo, beneficiario JyJHD).

Al igual que lo señalara L. Wacquant para el caso francés, para los pobladores del barrio «resulta muy poco probable pasar por alto el desprecio de que son objeto, dado que la mancha social de vivir en un complejo habitacional para personas de bajos ingresos, que ha llegado a asociarse estrechamente con la pobreza, el delito y la degradación moral, afecta a todos los ámbitos de la existencia, ya se trate de búsqueda de trabajo o de aventuras románticas, el trato con organismos de control social como la policía o los servicios de bienestar social, o simplemente la charla con conocidos» (2001: 133). Una empleada municipal relata este doble movimiento de estigmatización e interiorización de la degradación de la cual son objeto los habitantes del barrio:

E: ¿Por qué no salen del barrio?

C: En realidad siempre es el tema económico, siempre, el tema económico y lo otro es la estigmatización del afuera del barrio, no? Porque muchas veces yo he planteado así, en forma personal, a personas determinadas no en forma grupal porque lamentablemente no se dio el marco... Esto de «afuera de qué...» de su barrio porque yo estoy adentro de otro barrio y en otro lugar hay otra persona dentro de otro barrio, digo, o sea este barrio tiene ciertas características de precariedad en cuanto a las viviendas y a una por ahí, estigmatización que hace que las personas se autocensuren. La gente del barrio no da la dirección cuando van a buscar trabajo porque ellos dicen que si dan su dirección no los toman y no me cabe duda de que debe haber un montón de lugares que digan... lo cierto es que siempre es el huevo o la gallina: vos demostrás que sos trabajador y que vas a cumplir, te dan la oportunidad esa, viste, es como algo muy profundo. [...] Está esa cosa del afuera y del adentro y, generalmente... Mirá, yo te pongo un ejemplo que no tiene que ver por ahí con los programas específicamente: Una vez yo estaba haciendo encuestas, estaba muy cerquita del barrio, estaba a una cuadra y paro a unos chicos para preguntarles una dirección entonces me dicen: «no, nosotros no podemos contestar porque somos del barrio», nos dijeron. «Pero si son del barrio a mi me sirven» -ya entendiendo perfectamente a que barrio se referían-, «Pero somos del barrio de allá», entonces le digo «yo necesito gente que viva en la zona». El barrio es como si lo demás no fuera un barrio es como si vos me dijeras, no se, somos de la isla, o como pasa en Maciel: «soy de la isla», entendés? Eso te da la pauta de que esta persona, o yo tomo esto, no es que te de la pauta, será mucho más complejo, seguramente, pero no se siente bien una persona que sale va a la esquina y no puede decir dónde vive (*Empleada de la Dirección de Empleo del Municipio de Morón*).

Acompaña al proceso de estigmatización social una pronunciada disminución del sentido de comunidad organizada que solía caracterizar al barrio en sus inicios. En la actualidad el barrio ya no presenta los atributos que otrora podrían haber contrarrestado esta imagen negativa del mundo exterior (formas de mutualidad colectiva), por el contrario, «Proceso de Reorganización Nacional» mediante, se revela una comunidad atomizada, individualizada y abandonada.

E: ¿Había una organización barrial?

C: El barrio estaba organizado porque pertenecía al Instituto de la Vivienda y había un representante de Instituto de la Vivienda que era el administrador y se había armado un consorcio donde el administrador cobraba un arancel al habitante (expensa común) que se pagaba todos los

meses, eso era para mantenimiento del barrio.

Eso estuvo hasta los 80 después se hicieron consorcios vecinales para seguir recaudando, pero no prestaba el servicio hasta que la gente dijo ¿Qué estoy pagando? Cuando se rompió la lamparita nadie la repuso... dejaron de pagar y ahí empieza el deterioro del barrio. Hasta la fecha nadie se hizo cargo. Se quiso retomar la idea, pero el consorcio quedó como un mal rótulo, quedó mal pegado en la gente que se sintió estafada. Se está charlando y viendo como se puede armar el mantenimiento del barrio, pero hay muchas urgencias: el agua que nunca se hizo mantenimiento y pierde la esclusa mayor, las cloacas...

Era un barrio para 1200 departamentos o 1200 familias. Esas familias se agrandaron y en un departamento viven 3 familias porque los hijos se casaron y viven en el mismo departamento con los padres. No hay capacidad de absorción de una población que se triplicó o cuadruplicó. Se saturaron las cloacas y con el deterioro se fueron rompiendo los caños de las cámaras. Escaleras rotas, barandas rotas, techos del tercer piso que filtran agua (*Vecino y Empleado municipal, Centro Malvinas Argentinas, CH Carlos Gardel-Pte. Sarmiento*).

En resumen, la configuración social actual del Complejo Habitacional Carlos Gardel-Presidente Sarmiento es el resultado de una concatenación de factores materiales y simbólicos que reproducen los procesos de segregación y exclusión social de la población que en él reside, entre los que se han advertido factores macrosociales o violencias estructurales (desempleo masivo, procesos de relegación social, estigmatización) y factores microsociales o violencias territoriales (hacinamiento, degradación del espacio urbano, desorganización, violencia interpersonal), lo cual lo define como un espacio propicio para la intervención gubernamental.

Gubernamentalidad y condiciones de vida

La década 1990 marcó un punto de inflexión en lo que respecta a las características que asumía la reproducción de la vida o de la fuerza de trabajo. Estas transformaciones globales vinculadas a la liberalización del mercado, aceleración de los procesos de desindustrialización, reformas estructurales y planes de ajuste, se vieron reflejadas en lo local no sólo en la masividad del desempleo sino también en la proliferación de estrategias de intercambios no mercantiles, a nivel doméstico y comunitario, entre los pobres urbanos para subvenir las necesidades. En otras palabras estas mutaciones explicaron la emergencia de relaciones de reciprocidad no mercantil en las comunidades pobres, a través de la conformación de redes informales, así como de trabajos ligados a la economía informal, ya sea para resolver cuestiones de bajos ingresos como situaciones de desempleo (Álvarez Leguizamón, 2007).

Complementariamente, la reproducción de importantes grupos de la población alojada en núcleos urbanos segregados ha descansado en vínculos de tutela o de asistencia a partir del desarrollo de instituciones formales de protección social. Un entrevistado da cuenta de este pasaje:

E: ¿De qué vive la gente, cómo obtiene sus ingresos?

C: A partir del 90 para acá creo que se cayó el tema de la industria, la construcción y la gente fue quedándose sin trabajo. Acá la mayoría son gente con oficio (albañiles, pintores). Te levantabas a las 5, 6 de la mañana y veías que la gente desfilaba a su trabajo. Todo el mundo trabajaba y del 90 para acá empezó a caer la mano de obra, se empezaron a cerrar las fábricas, la gente perdió el trabajo. Yo creo que esto, a nivel personal, creo que esto está hecho con una intención: acá el gobierno dice para la tribuna no vamos a pagar una deuda a cambio del hambre de la gente y la realidad es que la Argentina es la primer pagadora y no se han fijado en como reactivar la industria. Más de lo mismo. Se fueron haciendo parches como el tema de los planes Jefas y Jefes para que no haya un estallido social y 150 pesos no le alcanza a ninguna familia para llegar a fin de mes. Viven de planes, juntando cartón, de la mendicidad, subsisten como

pueden... (Vecino y Empleado municipal, Centro Malvinas Argentinas, CH Carlos Gardel-Pte. Sarmiento).

Estos cambios acontecidos a nivel de la racionalidad política y de las tecnologías de gobierno que han signado el pasaje de una sociedad integradora a una excluyente, han acarreado una mutación en el ejercicio del poder y, por ende, en la forma de administrar la vida. De esta suerte que el campo del *biopoder* no sólo se aloja en la relación capital - trabajo (Osorio, 2006) sino que, ahora también, discurre en la relación Estado - ciudadanos. Concretamente, Osorio plantea que «el poder del capital sobre la vida reposa en el hecho de que la fuerza de trabajo que ‘compra’ y se apropia forma parte indisoluble de la corporeidad viva del trabajador y se encuentra inscrita en su propia existencia como simple ser viviente. Y que la apropiación de la existencia misma, encubierta como libertad del obrero, es sometimiento al poder despótico del capital que busca, por su propia naturaleza, apropiarse de toda la vida del trabajador, a fin de incrementarse de manera incesante.

En definitiva, ‘el capitalista lo que más anhela es que el obrero disipe, lo más posible y sin interrupción, sus dosis de fuerza vital’ (Marx, 1971: 234). Aquí reposa la esencia de la apropiación y exposición de la vida en el capitalismo» (2006: 6). Entre las modalidades del capital que el autor identifica para llevar adelante este proceso, señala:

1. la *vida infrahumana* que impone el descenso del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo;
2. la *vida desfalcada* por la intensificación del trabajo y la prolongación de la jornada laboral y
3. los *tormentos de trabajo* y los *tormentos de miseria* que conlleva el despotismo del capital en la medida que los trabajadores «quedan supeditados a su mando y sus vidas quedan instaladas en ‘la necesidad del sacrificio como condición *sine quanon* de la socialidad’ (Echeverría, 1998: 113)» (Osorio, 2006: 8).

Ahora bien frente a las transformaciones operadas en el mundo del trabajo, el aumento de la pobreza y la indigencia, el Estado asume una creciente participación en la vida de los ciudadanos o, al menos, de las fracciones más subordinadas de la clase trabajadora. En este sentido, M. Foucault había identificado que desde el siglo XVII el poder político se había propuesto la tarea de administrar la vida **-10-** a partir de las disciplinas del cuerpo (*anatopolítica*) y las regulaciones de la población (*biopolítica*) inaugurando así la era del *biopoder*.

En la actualidad los tradicionales mecanismos disciplinarios (cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia) se encuentran en crisis y la nueva gubernamentalidad oscila entre estrategias bio y tanatopolíticas **-11-**.

Más precisamente, la particularidad de la gubernamentalidad estatal actual radica en que el Estado, imposibilitado de interpelar a la población excluida a través de los mecanismos tradicionales de integración social, satura la vida de las familias de programas y planes sociales, bajo la prerrogativa de producir un nuevo dispositivo de regulación de poblaciones. Sin embargo, lo que estos relatos nos muestran, es que estas nuevas tecnologías de poder destinadas a cercar la vida de la población vulnerada producen un «efecto colador» o de descomposición en la medida que van arrojando en su trayecto «residuos sociales».

F: [...] Hace dos años que mi marido estuvo sin trabajo, decí que el sabe de electricidad y albañilería y me ayudaba mi mamá. Es muy feo casi dos años sin trabajo.

E: ¿Vos trabajaste alguna vez?

F: Trabajé cuando él se quedó sin trabajo y antes de que quedara embarazada del nene del medio. Trabajaba en un bar cerca del Hospital Carrillo.

E: ¿Y cómo accedió al Plan Jefes y Jefas?

F: Cuando yo estaba embarazada del más grande se anotó y salió. En ese momento, después

que dejé yo de trabajar, el tenía unas changas, pero ya estaba con el plan él.

[...]

E: ¿Y cómo te manejas con los gastos de la casa?

F: De lo que él trabaja, él cobra por semana y yo me arreglo con eso para la semana y con el plan pago las cuentas. Me manejo, pero la verdad es que es una ayuda. Porque el otro nene usa pañales y ahora pañales otra vez. A parte son tres para vestir, que tenés que tener el pan todos los días, la comida.

[...]

E: ¿Qué significa para vos recibir la leche?

F: Para mi el asunto de la leche está bien, más por los chicos que necesitan la leche, para mi también porque yo también recibo la leche.

E: ¿Cómo es la distribución de la leche?

F: Me dan un kilo por chico por mes.

E: ¿Y vos tenés que hacer algo para poder seguir percibiendo la leche?

F: Lo tengo que traer a control y hacer el control yo.

E: Me dijiste que también recibías la mercadería del Más Vida.

F: Sí, cuando quedé embarazada del más grande me anoté.

E: ¿Cómo es la organización, las entregas?

F: Retiro [la leche] los martes, jueves y sábados. El aceite viene una vez por mes y la mercadería por semana.

[...]

E: ¿Las changas y el subsidio no son suficientes para cubrir las necesidades?

F: Es que el mes pasado me resultó muy difícil porque mi marido estuvo dos semanas sin trabajo porque no venían los materiales. De repente no conseguía una changa y tuvo que vender el equipo [de música] (*Vecina, y Beneficiaria PMI y Más Vida. Esposo, beneficiario JyJHD*).

La circulación por redes institucionales formales e informales de esta entrevistada da cuenta de los mecanismos de despojo de sus adecuados modos y medios de supervivencia poniendo en cuestión su derecho a la vida. En este sentido también aquí se pueden identificar mecanismos gubernamentales que operan reinstalando el viejo derecho soberano de «hacer morir o dejar vivir», identificando al menos tres:

1. focopolítica;
2. dependencia gubernamental extrema;
3. infranormalización o inferiorización de la vida.

En lo que respecta a la focopolítica, esta resulta una nueva tecnología de poder, impulsada por organismos internacionales, dirigida a intervenir en la pobreza. La racionalidad que subyace este nuevo *arte de gobernar* es sintetizado por S. Álvarez Leguizamón: «No es la vida de la población productiva la que importa, o el aumento de la productividad del trabajo. El mercado regula la vida de los ‘más capaces’. El Estado a partir de la gestión y promoción de las ‘organizaciones de la sociedad civil’ y de las redes autogeneradas comunitarias ‘productivas’ promueve sólo al nivel de los mínimos básicos. Además la deja reposar en la moral individual filantrópica –como las organizaciones no gubernamentales o benéficas- y en los recursos autogenerados de los propios pobres. Esto se viabiliza a través del paradigma del desarrollo humano por medio de la provisión de parte del estado de servicios y/o ‘paquetes’ básicos para los pobres. Es decir, la vida en los límites de la subsistencia. No es más la población en un sentido genérico como lo era en la biopolítica, sino los más pobres, los vulnerables y ciertas minorías los que constituyen de una u otra manera una amenaza para la estabilidad del sistema» (2005: 241).

Otra estrategia gubernamental implícita, subyacente, es la dependencia extrema que origina

el sistema de intervención. No se trata de desconocer que la autonomía de la vida de los sujetos depende de ciertas condiciones culturales y sociales, sino de analizar la recursividad de la lógica de intervención que impide alcanzarla. Cada intervención produce una asistencia parcial, en el borde, que a la vez conduce a otra, revelando un encadenamiento donde productos y efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que los produce (Morin, 1990). Del relato citado *supra*, se infiere esta circularidad sin fin.

Efectivamente, analizar «el borde» en las prácticas gubernamentales nos conduce a reflexionar acerca de las relaciones entre el poder y el saber, los «juegos de verdad», que motorizan las intervenciones. El borde se constituye entonces a partir de la discursividad de la focopolítica, en un doble sentido, de una parte, se vuelve a pensar en términos de «estilos de vida» y de «capacidades» de la población pobre para habitar este mundo y, de otra parte, se designa a las poblaciones vulneradas como poblaciones en «riesgo», apropiación que, a su vez, la medicina hizo del lenguaje o código militar. Ambos aspectos confluyen en la construcción de una población inferiorizada a la cual la teoría de las necesidades básicas daría respuesta «[promoviendo] como estilo de gobierno particular el acceso a ciertos mínimos biológicos y paquetes básicos que aseguren cierto nivel de vida mínimo (atención primaria de la salud, educación primaria, saneamiento básico)» (Álvarez Leguizamón, 2005: 243). En esta línea de análisis, podríamos atrevernos a homologar la construcción de una *vida infrahumana* para el caso de la relación capital – trabajo con esta construcción gubernamental.

Así, de una parte o de otra, la vida expuesta se constituye en norma. A diferencia de las prácticas articuladas de la anatomopolítica y la biopolítica (biopoder), que promovían una *sociedad normalizadora* a partir de la puesta en marcha de mecanismos continuos, reguladores y correctivos dirigidos a administrar la vida (Foucault, 2005); la nueva configuración del poder que oscila entre estrategias bio y tanatopolíticas, revela la expansión de dinámicas *desnormalizadoras* (Bialakowsky et al, 2007) que ponen la vida en entredicho, ya sea promoviendo la inclusión productiva de tan sólo una fracción reducida de los trabajadores o ficcionalizando, a través de la focopolítica, derechos sociales básicos tales como la alimentación, la salud, la educación y el trabajo.

En este contexto, la vida de poblaciones vulneradas y segregadas asume la condición de *sacer* en la medida que su vida queda sujeta a un poder que posee al mismo tiempo «la impunidad de matar y la exclusión del sacrificio» (Agamben, 2002: 98). Posiblemente el relato de vida de Silvia reúna, en partes, el significado que asume el *ser excluido* o la *vida desnuda* en un núcleo urbano segregado:

Silvia (36 años) está angustiada, deprimida por momentos, según dice. Es que está embarazada de tres meses y no quiere al bebé. Tomó 16 pastillas y no pasó nada. Su ex marido la obligó, hubo violencia, la amenazó con un cuchillo. Ella no quiere rechazar al bebé, pero ya tiene dos hijos y tenerlo bajo esas circunstancias sería muy doloroso. Todavía no se hizo los controles de salud, pero pide a gritos que la ayuden a deshacerse del bebé.

Silvia vive en el barrio desde que era chica, vivió con sus padres y hermanas en los monoblocks. Su madre falleció, no pudo velarla, «así nomás la enterraron», su padre se volvió alcohólico y violento y a los 11 años Silvia dejó la escuela y empezó a trabajar en una panadería, luego como portera en establecimientos escolares. No soportaba lo que le estaba sucediendo. Pasaba más tiempo fuera de su casa que adentro, iba a bailar todos los días hasta que quedó embarazada de su primer hijo: «no pensé que me iba a pasar, yo hacía mis cositas y no quedaba».

Eso fue un desastre, la familia quería que abortara y ella decidió tenerlo igual, pero los castigos empezaron cuando nació el bebé y le negaban la comida, se encerraban para comer y a ella la dejaban afuera. Ahí reapareció Nicolás. Nicolás fue su novio de la adolescencia, pero como era muy mujeriego ella lo había dejado. Ahora vuelve, le promete protección, alimento para ella y su hijo y finalmente se mudan juntos. Alquilan un pequeño taller sobre la calle Pedriel donde él trabaja con papel, el alquiler aumenta y ya no pueden pagarlo y se consiguen una pieza

en un monoblock: «La dueña se abusaba, hacía fiestas y mi marido tenía que pagar todo». El tiempo pasó y compraron un terrenito en la villita donde Nicolás construyó una pieza, un baño y una cocina. Ella ya estaba embarazada de su segundo hijo. Con la última mudanza todo empezó a cambiar, iban a las fiestas y Nicolás bebía demás, coqueteaba con las mujeres y se ponía agresivo, violento. Silvia descubrió que la engañaba con otra mujer. Puso toda su ropa en una bolsa y lo echó.

La angustia y la depresión se apoderaron de ella por más de un año, no salía, no sabía como explicarles a los chicos que el padre no volvería. A veces él le daba para la comida y sino pedía prestado o fiaba en el almacén. Le dijo que por sus hijos haría cualquier cosa y de hecho fue así: vendió su cuerpo por una garrafa.

Luego llegaron los planes jefas y jefes de hogar y la ayuda directa municipal y con eso «tiene que tirar hasta fin de mes». Además se había anotado en el comedor de la Iglesia.

Los últimos años no fueron fáciles para ella, entre los celos de su ex marido, los escándalos y los golpes, Silvia se ocupaba de los chicos y de la contraprestación del Plan. Primero barría el barrio, pero no le gustaba tener que dejar a los chicos solos, luego se anotó en un curso de peluquería, pero no podía afrontar el costo de los materiales que necesitaba para aprender y lo dejó. Con los cambios impulsados por el municipio en los planes, Silvia retomó la escuela primaria, pero dice que no puede concentrarse, le cuesta mucho, hay cosas que no recuerda de sus años de escuela y entre todos los problemas que le rondan la cabeza... Le pregunto cuál era la diferencia entre su trabajo como portera y las prestaciones del Plan. Cobraba más, tenía obra social, jubilación, me contesta.

Ahora tiene que decidir si se queda con el Plan o si opta por el pase al Seguro de Empleo y Capacitación o al Plan Familias, no sabe qué hacer. Le pregunto cual es su proyecto a futuro y me dice que quiere volver a trabajar en la portería, ahí te distraés más, pero con un bebé... (Relato de observación, Reunión de Asesoramiento organizada por el Municipio de Morón con motivo del traspaso de beneficiarios del PJyJHD a los planes Familias por la Inclusión Social y Seguro de Capacitación y Empleo, 27-09-06).

Condiciones de vida degradadas, violencias estructurales y sociales, desalojos sistemáticos, empleo precario, desempleo, pobreza e indigencia configuran nuevas formas de padecimiento social al tiempo que desencadenan distintas formas de padecimiento subjetivo (depresiones, angustias, adicciones) (Bialakowsky et al, 2003b; 2005). Es esta relación entre la vida social y la vida de los individuos la que se ha tornado crítica en los últimos años y que presenta nuevos desafíos a las modalidades de intervención. Ya E. Galende se refería a este malestar al analizar la nueva configuración de la salud mental: «la tensión existe y se extiende de un modo manifiesto (para quienes estén dispuestos a atenderla y no se refugien en la sumatoria de respuestas técnicas o asistencialistas) por todos los niveles de la vida institucional en que se ordenan las relaciones entre *las cuestiones globales* –de la economía, la salud, el trabajo, la educación, etc.- y *las situaciones locales* –el desenvolvimiento de las empresas, la vida familiar, las condiciones e incertidumbres del empleo, la indefensión ante los riesgos de la enfermedad, la vejez, la marginalidad social, la conformación de nuevos agrupamientos sociales, etc.-. Y creo que debemos estar atentos a esta nueva situación, ya que no se trata solamente de un malestar que ha transformado casi todas las cuestiones de lo político, sino también de una tensión subjetiva que afecta la vida emocional, el pensamiento, el cuerpo y la capacidad de acción de los individuos» (1997: 32).

Reflexiones finales: apuntes sobre la racionalidad política neoliberal y sus efectos

A modo de corolario de este ensayo, creemos conveniente subrayar la articulación entre transformaciones macro y microsociales, más precisamente, resaltar que las políticas sociales del período neoliberal no han sido meras respuestas a los problemas sociales sino que han sido la

forma estatal de constitución de la cuestión social (Grassi, 2003, citando a Danani, 1998). En este sentido cabe aquí apuntar dos consideraciones finales, la primera, relativa a los efectos desintegradores de la nueva gubernamentalidad estatal y, la segunda, referida a la complejidad de la cuestión social desencadenada.

El pasaje de una racionalidad política keynesiana a otra de índole neoliberal no sólo trajo aparejado un cambio en la relación Estado-sociedad-mercado y en las formas de acumulación del capital sino que además impulsó nuevas tecnologías de gobierno no imaginadas desde el paradigma de gobierno anterior. El eje de salarización, seguros sociales e instituciones públicas universales y centralizadas muta hacia nuevas formas de la política social, fundada en un *proceso de asistencialización* (Soldano y Andrenacci, 2006).

El problema que emerge con este proceso de cambio se sitúa en los mecanismos de la sociedad para producir la integración y cohesión social. La crisis en el mundo del trabajo implicó la crisis de un modo de integración y con ello la emergencia de nuevas tecnologías de gobierno dirigidas a llenar este vacío (desregulación del empleo, privatización, focalización y descentralización). Claro está que los efectos otrora normalizadores del trabajo no han sido compensados por esta nueva gubernamentalidad; por el contrario, la regulación biopolítica del Estado Social oscila, bajo la impronta del neoliberalismo, entre formas bio y tanatopolíticas. De una parte, se consolidó un proceso de exclusión social con efectos desintegradores en la *clase que vive del trabajo* y, de otra, proliferaron múltiples mecanismos de intervención que de manera sistemática cercaron la vida de las familias vulneradas en sus derechos sociales. Lo que se ha comprobado aquí es que planes y programas sociales colocan la vida de estas familias en entredicho, degradándolas, inferiorzándolas y reproduciendo la dependencia gubernamental extrema.

Finalmente, el análisis microsocia ha evidenciado la complejidad de la nueva cuestión social y sus efectos en la subjetividad. Violencias estructurales y sociales no sólo producen malestares sociales (segregación, estigma, pobreza, desempleo, precariedad) sino que además producen malestares individuales (creciente sensación de incertidumbre, miedo, falta de proyección hacia el futuro, depresiones, angustias, adicciones...). Lo que conviene subrayar una vez más en este análisis es que lo que se ha tornado crítico en estos últimos años ha sido esta estrecha relación entre vida social y vida individual, inaugurando nuevos desafíos a la modalidades de intervención.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2002), *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*, Biblioteca de Filosofía Editora Nacional, Madrid, España.
- Agamben, Giorgio (2004), *Estado de Excepción. Homo Sacer, II, I*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, Argentina.
- Álvarez Leguizamón, Sonia (2005), «Los discursos minimistas sobre las necesidades básicas y los umbrales de ciudadanía como reproductores de la pobreza», en Álvarez Leguizamón, Sonia (comp.) (2005), *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y El Caribe: estructuras, discursos y actores*, CLACSO, Buenos Aires, Argentina.
- Álvarez Leguizamón, Sonia (2007), «A produção da pobreza massiva e sua persistência no pensamento social latino-americano», en Cimadamore, A. D. y Cattani, D. A. (Coords.), *Produção de pobreza e desigualdade na América Latina*, CLACSO - Tomo Editorial, Porto Alegre, Brasil.
- Andrenacci, Luciano (2001), «Imparis Civitatis. Elementos para una teoría de la ciudadanía», ponencia presentada en el Vº Congreso Nacional de Ciencia Política de la

- Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP), Universidad Nacional de Río Cuarto, 14 a 17 de noviembre.
- Bauman, Zygmunt (2003), *Comunidad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina.
 - Bauman, Zygmunt (2005), *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
 - Bialakowsky, Alberto L.; López, Ana L. y Patrouilleau, María M. (2007), «Práticas governamentais na regulamentação de populações extinguíveis», en Cimadamore, Alberto D. y Cattani, David A. (coords.), *Produção de pobreza e desigualdade na América Latina*, CLACSO - Tomo Editorial, Porto Alegre, Brasil.
 - Blaustein, Eduardo (2001), *Prohibido Vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura*, Comisión Municipal de la Vivienda (CMV) - GCBA.
 - Foucault, Michel (2005), *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, Argentina.
 - Galende, Emiliano (1997), Cap. 1: «La nueva configuración de la salud mental», en *De un horizonte incierto. Psicoanálisis y Salud Mental en la sociedad actual*, Paidós, Buenos Aires, Argentina.
 - Goffman, Erving (1995), *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu editores, Buenos Aires, Argentina.
 - Grassi, Estela (2003), «El asistencialismo en el Estado Neoliberal. La experiencia argentina de la década del 90», en *e-l@tina*, Vol. 1, N° 4, Buenos Aires, Argentina, julio-septiembre, págs. 27 a 48.
 - Kazman, Rubén (2001), «Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos», en *Revista de la CEPAL 75*, págs. 171 a 189.
 - La Nación (2003), «Gendarmería, Prefectura y la policía se instalan en las villas», Información General, *Diario La Nación*, Buenos Aires, Argentina, 15 de noviembre.
 - Lewis, Oscar (1968), «Introducción», en *Los hijos de Sánchez*, Editorial Joaquín Mortiz SA, México.
 - Martyniuk, Claudio (2006), «Conversación a fondo», Suplemento Zona, *Diario Clarín*, Buenos Aires, Argentina, 19 de noviembre.
 - Merklen, Denise, (1997), «Un pobre es un pobre. La sociabilidad en un barrio; entre las condiciones y las prácticas», en *Revista Sociedad* N° 11, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina, págs. 21 a 64.
 - Morin, Edgar (1990), «Prólogo» y Parte 3: «El paradigma de la complejidad», en *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa Editorial, España.
 - Osorio, Jaime (2006), «Trabajo: Biopoder y biocapital. El trabajador como moderno homo sacer», en *Revista Herramienta* N° 33, Buenos Aires, Argentina, noviembre.
 - Raggio, Liliana (1995), «Un lugar en la ciudad. Alternativas habitacionales en los tiempos de la crisis», en Grillo, Oscar; Lacarrieu, Mónica y Raggio, Liliana, *Políticas sociales y estrategias habitacionales*, Espacio editorial, Buenos Aires, Argentina.
 - *Revista Summa* (1973), N° 64, Buenos Aires, Argentina, julio.
 - Soldano, Daniela y Andrenacci, Luciano (2006), «Aproximación a las teorías de la política social a partir del caso argentino», en Andrenacci, Luciano (comp.), *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*, Prometeo-UNGS, Buenos Aires, Argentina.
 - Wacquant, Loïc (2001), *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Ed. Manantial, Buenos Aires, Argentina.
 - Wacquant, Loïc (2007), *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, Argentina.

NOTAS

-1- Fuente: EPH-INDEC

-2- Las citas sangradas a derecha e izquierda corresponden a fragmentos de entrevistas y/o relatos de observación recogidos en el período junio de 2005 - agosto de 2006. En el caso de las entrevistas, se ha designado con la letra E al entrevistador mientras que los entrevistados se identifican con distintas iniciales, resguardando sus nombres para preservar el anonimato de los verdaderos protagonistas. No obstante se mencionan los lugares, funciones públicas y roles que éstos desarrollan a los efectos de la contextualización de los relatos.

-3- El Censo (IPV-Municipio de Morón) fue realizado en oportunidad de la implementación del Plan Federal de Villas, lo cual explica la vaguedad de los datos relativos a la zona de los monoblocks.

-4- En esta etapa, la Federación de Villas y Barrios de Emergencia de la Capital Federal entregó al Presidente Illia un pliego de reivindicaciones, aquel documento solicitaba:
 «1. Que nadie sea desalojado de las villas sin antes ofrecerle una vivienda decorosa;
 2. Que se respete la inviolabilidad del domicilio;
 3. Que la Municipalidad, Vialidad y el gobierno faciliten elementos para mejoras, para lo cual todos los vecinos pondremos mano de obra completamente gratuita y 4. Que se derogue en forma inmediata el decreto 4805/63 y se suspenda la expulsión de nuestros hermanos paraguayos, chilenos, bolivianos...» (Blaustein, 2001: s/p).

-5- La magnitud de los operativos puede observarse en los siguientes datos: «Gendarmería Nacional destacó 500 efectivos en el barrio Ejército de los Andes, de Ciudadela, conocido como «Fuerte Apache»; la Prefectura Naval colocó 500 en la villa La Cava, de San Isidro, y la policía bonaerense, 400 en la villa Carlos Gardel, de El Palomar» (La Nación, 15-11-03).

-6- La entrevista fue tomada a fines de 2006.

-7- La segregación residencial no es un proceso actual sino que se remonta a los tiempos de la relocalización de estas poblaciones o de expulsión hacia la periferia que se materializa en «el no reconocimiento del derecho de los sectores populares a habitar ciertas zonas del espacio urbano, aún cuando en su condición de ciudadanos este derecho estaría implícito» (Raggio, 1995: 27).

-8- En diciembre de 2006, se concluyó la Etapa I del programa habitacional «Nueva Urbanización Barrio Carlos Gardel que comprendió a 350 vecinos y vecinas agrupados en 70 familias.

Esta primera etapa comprende un total de 206 viviendas. Mientras tanto, se inició la construcción de otras 276 viviendas que serán habitadas en un plazo de un año y medio por otros vecinos del barrio Carlos Gardel. Una vez finalizada, la obra beneficiará a 482 familias». Véase al respecto: <http://www.moron.gov.ar/detalle.php?action=fullnews&id=1057>, 21/03/2007.

-9- Entendemos el concepto de estigma en el sentido atribuido por I. Goffman (1995) quien refiere que un estigma es una especie de relación entre un atributo profundamente

desacreditador y un estereotipo acerca de cómo debe ser determinada especie de individuos. En coincidencia con L. Wacquant podemos advertir que la tipología mencionada por el autor señala una limitación al no reconocer el estigma que deviene del territorio de habitación.

-10- «[...] Lo que se reivindica y sirve de objetivo es la vida, entendida como necesidades fundamentales, esencia concreta del hombre, cumplimiento de sus virtualidades, plenitud de lo posible» (Foucault, 2005: 175).

-11- Giorgio Agamben critica la actualidad del planteamiento de M. Foucault sobre la biopolítica, *«es decir la creciente implicación de la vida natural del hombre en los mecanismos y los cálculos del poder [...] En los umbrales de la edad moderna, la vida pasa a ser lo que realmente ocupa el centro de la política»* (2002: 139).

En este sentido, Agamben plantea que el autor *«no transfirió su instrumental de trabajo, como habría sido legítimo esperar, a lo que puede aparecer como el lugar por excelencia de la biopolítica moderna; la política de los grandes Estados Totalitarios del siglo XX»* (2002: 139) donde *«simultáneamente a la afirmación de la biopolítica, se asiste, en efecto a un desplazamiento y a una progresiva ampliación, más allá de los límites del estado de excepción, de las decisiones sobre la nuda vida en que consistía la soberanía»* (2002: 142).

De esta suerte que hay un punto en que la decisión sobre la vida se hace decisión sobre la muerte, es decir, la biopolítica puede transformarse en tanatopolítica, oscilación, que, en nuestra perspectiva, puede pensarse en el pasaje de una racionalidad política keynesiana a una de orden neoliberal.